

Finalmente, recuerdo que la mejor medicina fueron los abrazos y los mimos por parte de mi mamá y sobretodo de mi abuela. Que no se note en este escrito, que soy la nieta favorita y la más consentida.

## Mirando con otros ojos

*Sofía Londoño González*

Algunos recuerdos de mi infancia son un tanto difusos... otros que permanecen latentes, son los que marcaron mi niñez. Momentos buenos y malos que me llevan a ser quien soy, que han dejado una huella indeleble.

Considero que como dicen por ahí, “recordar es vivir”, es tener presente de dónde venimos y qué nos hace ser lo que somos hoy. Pues bien. Parte de lo que soy se lo debo a uno de esos recuerdos que llegan con solo verme a un espejo. Pero quizás, debería iniciar contando qué mi hizo ser quien soy.

Era el año 2003, tenía tres años de edad. Posiblemente lo más emocionante fue mi entrada al colegio. Ya me imaginaba con el uniforme, caminando de la mano de mis padres. Sentía como si fuera a encontrar un nuevo mundo, pero nada fue lo que imaginaba.

Al entrar al salón de clases todo se tornó oscuro. Y no lo digo porque fuese una pesadilla sino porque fue de verdad. Cual si me pusieran una venda en los ojos, no lograba ver mucho

más allá de las sombras de mis profesores y compañeros. El entorno, en general, hacía que mis ojos dolieran, y no encontraba otra solución que meterme debajo de mi escritorio como si estuviera escondiéndome de un monstruo.

Claramente fue notorio mi problema, por lo que mis padres acudieron a un médico con mucha rapidez. Son vagos los recuerdos que tengo de ese día. Solo sé que en un abrir y cerrar de ojos ya estaba rodeada de aparatos, lentes y afiches de personas con sus gafas. La verdad no sé quién estaba más nervioso, si mis padres o yo.

Lo siguiente que recuerdo es el momento en el que nos sentamos a hablar con el doctor para escuchar el diagnóstico. O los diagnósticos, debería decir. Pues resulta que se trataba de una serie de problemas con nombres extraños que yo no entendía. A decir verdad, luego de que trataran de explicarme, lo único que entendí fue que mi ojo izquierdo tenía algo llamado “síndrome del ojo perezoso”, gracias a lo cual debía hacer terapias que me ayudaran a mantenerlo en su lugar. No quedaba más que aceptar.

Otra de las cosas que no puedo olvidar es el rostro de mi mamá y su cara de decepción al saber que debería pasar mis días haciendo terapias y ejercicios, en lugar de estar jugando como cualquier otro niño. Y así fue. Me la pasaba, de tarde en tarde, coloreando círculos rojos obligando a mi ojo a estar en su lugar y como era de esperarse, no era nada divertido.

A pesar de todo el tiempo en que cambié los juegos por terapias, hoy pienso que ser lo que soy, es el resultado de

la disciplina que tuve desde mis tres años. Si no hacía los ejercicios de colorear, llegaría un punto en el que no podría ver más. Ahora creo que dicha disciplina me ha ayudado a llegar donde me encuentro hoy, ya que he podido esforzarme para alcanzar mis metas. Empezando por mejorar mi visión...

Esto, sumado al constante amor y apoyo de mi mamá, que me ofrecía cada día su apoyo y resaltaba mis capacidades. Creo que esta prueba me hizo ver la vida con otros ojos: los ojos del amor y el apoyo de mi familia.

## Angustia vs Serenidad

*Josselin Bryan González*

Me encontraba tranquila y serena, disfrutando de la melodía emitida por mis audífonos, cuando de repente un sonido sobrepasó la música. Un grito aterrador, de esos que se puede percibir dolor entre cada vibración, penetró mis tímpanos. Enseguida escuché a mi madre y abuela abriendo la puerta de nuestro apartamento, sin preocuparse que esta retumbara contra la pared. Se oían sus pasos bajando por las escaleras, se podía sentir la angustia con la cual bajaban al primer nivel del edificio de cinco pisos de altura. Apuradas, los pisoteos se alejaban cada vez más.

Mi curiosidad se disparó ¿qué podría estar sucediendo? Rápidamente, cogí mis zapatos y alcancé a mi madre y abuelita sólo para encontrarme fragmentos de vidrio y